

José Luis, del laberinto no salís

El Laberinto

José Luis Díaz Granados
Edición definitiva. Esquina 2000.
Bogotá, 1984. 198 páginas

José Luis Díaz Granados nació en Santa Marta en 1946. Ha sido finalista en varios concursos de poesía, además de ser comentarista bibliográfico.

El laberinto es su único libro de poemas, del cual existen cinco ediciones, casi todas aumentadas, a excepción de la última, que parece ser la definitiva.

Después de la primera lectura del libro, la sensación que nos queda es de desconcierto. La inexactitud y vacuidad con que está elaborada la casi totalidad del material, nos hace pensar en la tolerancia de nuestro país literario. No se observa el espacio, la emoción elemental del fenómeno estético, nada se revela. La enumeración escueta de aspectos del medio que nos rodea, no da la medida que exige el arte poético. La poesía no es lo inmediato; ella responde a un orden más profundo, que sólo se percibe si se tiene intuición. Construido con un entusiasmo al que hay que hacer referencia, cae en un lenguaje melifluo que en algunos casos nos recuerda al piedracielismo, la panelita y el romanticismo retardado que lleva a una proyección despistada del estado real de las cosas:

SONETO A ELENA

*Elena: como un céfiro destella
tu nombre en los más dulcisos
momentos:
parece que se abrieran
firmamentos
porque tiene la música más
bella.*



No se percibe ingenio: sólo el empeño de escribir, escribir, dar vueltas en torno de la lírica, pero con una pobreza que resulta humorística en ocasiones:

SON

*Escalona, califa vallenato
decíle a tu acordeón
que me regale una fotografía.*

El lector se enfrenta al flagelo de largas retahílas, una sarta de balbuceos que hacen temer por el poeta. Intentos un tanto experimentales en el manejo de la lengua sin que se sienta la petición que de ello hace el mismo poema. En el buen poema siempre existe un eficaz maridaje entre la distribución formal de los elementos del lenguaje y el objetivo estético íntimo. Una interacción equilibrada, entre la realidad próxima y esa otra a la que se quiere llegar. Cuando una sobrepasa a la otra, puede decirse que el poema se desborda, y resultan cosas como ésta:

*Palabras cortadas por la dura
locura:*

*[zolo puedo ofreserte mi loka
decezperación, orrivle komo
eztaz letraz lokaz:
lla no pienzo, no yoro, no
kanto, no ciento hamor ni
umor porke tengo un kangrejo
en mi kueyo ke me ase gritar,
jestikular cilenziosamente i llo
me ezkondoen mis palavraz
i te vusko en bano en bano, en
bano porke zolo puedo
ofreserte lokura].*

En otros la expresión no es más que la del versificador popular: rimas ingenuas, con movimientos retóricos que salen con esfuerzo y con un tono parecido al del bolero:

*Amé a mi padre
silenciosamente
como aún recuerdo, con amor
ardiente,
y Dios celoso, me lo arrebató.*

*Campanita melodiosa, luz que
arrulla mi existencia:
regálame tu presencia un solo*

*instante, preciosa.
Yo solo quiero una cosa para
la alegría obtener,
te lo dejo ya entrever y lo digo
con dulzura:
que me quieras con locura y
que te dejes querer.*

En contraste con los poemas rimados, existe en otros una inhibición del ritmo, una discordancia en la música que no adecua ningún universo poético:

SOLOS

*Sobre el tronco abandonado en
la carretera estábamos.
Bajo una noche estrellada,
íntima, pueblerina,
bebíamos ron.
A la espera de la chiva que
jamás llegaba dialogábamos.
Con el sabor del sancocho en
la garganta callábamos.
Y al callar nos uníamos,
solitarios, y aguardábamos.*

En la última parte, el libro trae algunos textos en prosa, con un aire confesional, que no tildaría de cuentos por su estructura, a los que no se les puede negar cierto trasfondo, con un acento que parece perseguir más la afirmación vital del poeta que la significación literaria, pero que logran mantener la expectativa del lector. Creo sinceramente que si la obra de Díaz Granados tiene posibilidades, las tiene dentro del ámbito de la narrativa. Se percibe sensibilidad para reinventar la cotidianidad de una manera directa, detallada con la visión del narrador.

El laberinto es un libro sobre el cual no hay que hacerse muchas ilusiones, en el que sentimos las necesidades vitales de afianzamiento del escritor con una exaltación que nada nace por la obra, puesto que en ella no se logra insinuar algún signo de aire sugestivo, que pueda tenerse en cuenta, dentro del escaso material considerado válido, después de la alharaca nadaísta.

FERNANDO LINERO